

Egidos de Piédrola

YA se ha dicho otras veces, que Piédrola es el paraje más saludable y pintoresco de todo el término, comparable al otro monte de Marañón, que son las dos alturas extremas del campo alcazareño. El poco apego y ningún respeto que se tiene al árbol, ha impedido que estos lugares se conviertan en zonas de utilidad pública para la salud. Tiempo atrás, merecieron alguna más atención y bien lo acreditaron las huertas de Piédrola, de las cuales se consideraron egidos los sectores más pintorescos y amenos de nuestros días.

Tanto desde lo alto del Castillejo, como desde el mediodía del Rasillo, la vista de Alcázar es hermosa y el campo se domina en todas direcciones: los Quiñones Bermejos, la vega Ocaña, los salabrales fríos del Arroyo del Albardial.

En la cantera de la arena y sus alrededores, se está al abrigo de todos los aires, libre de la vista de transeuntes molestos y la resonancia que gozan los sonidos, a pesar de no ser grandes las alturas que la circundan, hacen íntimo y grato el ambiente, aislándolo del contorno, incluso de lo más inmediato.

Tiene allí la tierra una alegría propia, natural, que se conserva a pesar de la soledad y del abandono; con el descuido pintado en su cara pero contenta.

Pozos hundidos, pairazos; corralizas desmoronadas, desconchados; piedras desparramadas, terragueros. Basuras arrojadas, perdido el provecho. Lindes florecidas de plantas pinchudas, enormes. Ganados rapaces, sin protección ni sosiego, sin la rumia soñolienta de la oveja llena, echada. Árboles tronchados, con mutilaciones bárbaras. Por el camino van las bestias con paso tardo, mientras los hombres, medio tendidos, machacan cansinamente los temas diarios. Van hacia arriba, como si no se supiera de cierto a dónde, porque desaparecen y no se les ve por ninguna parte hasta que vuelven al caer el día, cuando el sol pierde su brillo o se empoza, dando a la tierra el colorido cárdeno de los presagios tristes.

Las casas, cerradas, son como ataúdes en espera de ocupantes; tienen la tristeza silenciosa, hueca, del vacío, de la nada.

Los cerros aparecen salpicados de sombras tenues de las piedras verdinosas, apenas alumbradas por la luz crepuscular.

El cielo aborregado. No se ven animales y pronto la noche tenderá su manto sobre estos egidos alegres, que nuestra adusta psicología fué dejando petrificados en una mueca risueñamente amarga, llena de mellas y arrugas difíciles de cambiar.

Pedrizas de Piédrola, a donde se llega después de pasar una tierra costrosa, improductiva, reseca y cuarteada como cuero viejo. En las arenas se ensancha el pecho y se mira hacia el lugar con melancolía, la melancolía de la tierra triste que os echó al mundo y que os sujeta con dulce y tremenda esclavitud, la de la intimidad, la del sentimiento de vivir.



De pie, con sombrero ancho, aparece José el «Cuco» (José Santiago) uno de los hombres que más ha paseado el camino de Piédrola, dueño y cuidador de la huerta en su época de esplendor. La fotografía lo representa en el momento cumbre de su vida, el día de la boda de su hijo mayor, es decir, el día que inicia su descenso el padre. Como apreciarán los conocedores, están juntas las dos familias: ella es la del tío «Bolle-ro» (Minaya).

